

Palabras mayores

Nueva narrativa mexicana

**Palabras
mayores**

**Nueva narrativa
mexicana**

MALPASO BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Prólogo

Una reunión de textos no siempre es, o no necesariamente es, una máquina de pasado, la confirmación de una o varias trayectorias una vez que se vuelve la vista atrás. Tampoco tiene por qué ser esa máquina de futuro que se pone a funcionar con la elaboración de apuestas. Mejor es concebir esa misma reunión de textos como una forma de construir ventanas desde las cuales es posible ver (vislumbrar acaso) algunas de las distintas maneras en que ciertas escritoras y escritores han decidido enfrentar su quehacer en el aquí y el ahora. ¿Puede una reunión de textos participar de aquello que Josefina Ludmer denominó «producción de presente» con referencia a las literaturas en su fase postautónoma dentro de la realidad-ficción de la imaginación pública de nuestro tiempo? Por qué no. Más que la conformación de un corpus literario o la delineación de fronteras nacionales estrictas, esta colección es porosa y varia. Está basada en la fuerza o extrañeza de los textos mismos, en la manera como interrogan a nuestros hábitos de lectores o conducen nuestra mirada hacia sitios inesperados dentro del muy cruento horizonte neoliberal de hoy. Es notorio aquí que, aunque buena parte de estos textos se ciñen a lo que se conoce como ficción (novelas o cuentos con personajes y tramas con los cuales se lleva a cabo aquello del «desarrollo del significado en el tiempo»), otra parte busca trasgredir nociones establecidas yuxtaponiendo formas y combinando recursos en textos de difícil clasificación. Queda claro también que, aunque dominado por el español, el territorio que habitamos es multilingüe, y los trabajos generados desde la combinatoria de, al menos, dos idiomas, bien podrían presentarse de entrada como letras en traducción. La noción misma de territorio, especialmente de uno calificado como nacional, merece amplia re-

visión en una era de migraciones impuestas o buscadas. Tal vez, como aseguraba John Berger de los poemas de Nazim Hikmet, «el aquí [de estos textos] está en otro sitio»; tal vez estos escritos confían, de entrada, «en lectores que [están] más y más lejos», en esa otra lengua hacia la que se aproximan.

Reunir veinte textos narrativos escritos por autores y autoras menores de cuarenta años en el momento de la selección: ésa era la tarea y ésas eran las reglas de la tarea, que se nos encomendó a tres lectores profesionales, sí, aunque con prácticas de lectura bien distintas. Y no se eligen veinte entre una multiplicidad de textos sin conversaciones, nuevas lecturas, desavenencias, argumentos, discusiones, más lecturas y, finalmente, acuerdos. Habrá que decir que tener acceso casi inmediato a todos los textos sugeridos (una de las tareas de las que se hizo cargo la institución a través de PDFs) facilitó en mucho una discusión tan rica en matices como en ejemplos empíricos. Es usual, y hasta recomendable, iniciar cualquier búsqueda definiendo el campo de la misma. Una vez iniciada, sobre todo si la búsqueda es real, es también cierto que la definición del campo, y el campo mismo, se transforman a medida que se avanza. La narrativa es, después de todo, una práctica viva, nunca una lección. Si reconocemos que toda decisión estética conlleva, en sí, una ética, habremos de aceptar que en estas distintas formas de narrar se debaten también las distintas formas de estar en el mundo y de configurar esa realidad-ficción dominada ahora mismo por un Estado en llamas y una sociedad civil en activo.

Se incluyen aquí textos que han sido apoyados de manera por demás dinámica por grupos editoriales transnacionales (de Mondadori a Planeta pasando por las recientemente fusionadas Alfaguara, Anagrama o Tusquets, por mencionar cinco), conformando así un grupo de autores más bien conocidos y bastante comentados en el medio nacional, y algunos, aun, en el internacional. También se incluyen textos publicados originalmente por editoriales de capital independiente (Sexto Piso o Almadía, entre las de mayor alcance;

Ditoria, entre las más recientes) así como autores que han empezado a publicar gracias a los recursos de los fondos editoriales del Estado, tales como Tierra Adentro. Y tal vez esto demuestre que a todo proceso de globalización editorial lo circunda, o lo agujera, el reacomodo glocal, a veces incluso con el apoyo de un Estado que, aunque lo ha intentado, todavía no se deshace del todo de su responsabilidad en hechos de producción cultural.

En esta selección resulta claro que hay autores mexicanos que escriben desde fuera (Ruiz Sosa, Lozano, Luiselli) y autores que escriben en un español generado en un roce constante con otras lenguas, el zapoteco del sureste de México (Pergentino) o el véneto (Montagner), por ejemplo. Hay textos que arriesgan en una prosa que mezcla la ficción, o la autoficción, con la crítica (Anaya, Gerber) o el periodismo con la literatura (Melchor). Hay escritores arraigados en los centros de producción cultural, tanto en la Ciudad de México como en Guadalajara, pero también están aquí los que han decidido continuar generando su trabajo desde sitios menos hegemónicos (Ramos, Velázquez, Melchor, Lomelí). Que ésta es una reunión de textos (y no necesariamente de autores) queda también claro con la inclusión de un capítulo de la novela póstuma de Gerardo Arana. Importa menos, en efecto, quién lleve el texto como propio y más quién lo haga propio desde la experiencia de otra lengua y desde ese otro eje de realidad-ficción que, dejando atrás el paso de España a América Latina (o viceversa), se establece ahora de sur a norte o de norte a sur pasando, y esto de manera ineludible, por la traducción. Las antologías no deben confirmar jerarquía alguna, sino contener (como decía Berger de los poemas de Hikmet una vez más) un espacio, mucho espacio, y con este contenido atravesar el océano. Estamos, pues, frente a la travesía. Si tenemos suerte esto será un viaje, es decir, una conversación.

CRISTINA RIVERA GARZA

MEROLICO

Emiliano Monge

(Segundo intermedio de la novela *Las tierras arrasadas*,
de próxima publicación.)

Los cuartos traseros del vehículo que acaba de dejar otros dos cuerpos doblan sobre el fondo de la noche y sus destellos se extravían en la distancia. Sólo entonces, los dos viejos que fundaron El Infierno se dan vuelta y agarrando a Merolico por los brazos echan otra vez a andar hacia su reino.

— Siempre tienen que hablar antes —le explica Encanecido al viejo que no sabe cómo puede aún estar vivo.

— Haber llamado y haber dicho cuántos traen y cuánto pagan —suma Teñido viendo un breve instante al migrante que hace apenas unas horas les leía la palma de la mano y la fortuna al resto de migrantes, cuyos cuerpos ahora yacen apilados.

— Por eso entraron y se fueron esos otros sin problemas —explica Encanecido, contemplando cómo Teñido y Merolico arrastran las dos puertas de la reja que resguarda El Infierno, este deshuesadero que antes que la gente de la zona lo renombrara se llamaba Tres Hermanos.

— Porque hablaron hace rato... ellos nos llaman siempre en la mañana —completa Teñido tirando de la barra que cierra las dos puertas—: sólo puedes permitir que entren aquí los que han llamado.

— ¿Y el candado? —consulta Merolico agarrando a Teñido cuando está éste ya dándose vuelta y girando luego la cabeza hacia ambos lados de la ruta en donde se alza Tres Hermanos insinúa: ¿qué tal que ellos se regresan?

— El candado yo siempre lo pongo —asevera Encanecido haciendo a un lado a su trillizo y al más viejo de los hombres y mujeres

que vinieron de las tierras arrasadas, el único además que no fuera alcanzado, allá en la sierra, por la pólvora y el fuego.

— Ya te dije que no creo que se regresen —abunda Teñido dándose la vuelta otra vez y arrastrando a Merolico—: por lo menos no en varios días.

— Y si vuelven ya no tienes que temerles—, añade Encanecido cerrando el candado y dándose él también la media vuelta—: esos cabrones que mataron a esos mierdas no te van ya a ti a hacer nada... que para alg...

— ¡Que para algo te compramos... eres nuestro y ya no pueden ellos nada!

— ¡Ésta es tu nueva casa! —asevera Encanecido señalando con el brazo el entorno, donde crepita el fuego de los tambos y el humo baila entre los autos desganzados.

— Aquí estás por fin a salvo —explica Teñido y a su lado estallan, enfatizando sus palabras, dos fugaces resplandores.

— Pero volvamos a lo nuestro... olvídate ya de ellos y volvamos a esa parte —acusa Encanecido apuntando ahora su brazo hacia el lugar donde los cuerpos destrozados en la sierra yacen todavía apilados.

— Hay que ir ahora allí y averiguar si ya entend...

— Si entendiste lo que harás en este sitio.

El fuego que emerge de los tambos ahuyenta a las sombras de la noche y marca el camino de los hombres que atraviesan ahora El Infierno sin volver a dirigirse la palabra. En silencio, los trillizos que aquí quedan saborean la felicidad que les otorga tener de pronto un ayudante, alguien que haga lo que hacía antes su hermano, y Merolico abraza la fortuna y piensa que no puedo fallarle a estos dos hombres que hace apenas unas horas lo salvaron.

Junto a los viejos que al avanzar también violan las pétreas humaredas de los tambos, atraviesan el espacio todos los perros que aquí viven: cuando sus amos se encuentran caminando por su reino, las

bestias no se les separan ni un metro. En las alturas, donde el humo que emerge se confunde con la noche, una parvada de cigüeñas migra hacia otro mundo: el color de sus plumajes, recortado ante las nubes que hace apenas un momento aparecieron, es más gris y menos blanco.

A pocos metros del lugar al que dirigen su camino, donde la pila de cadáveres deshechos se desangra y donde el humo tibio, serpenteante y ceniciento de los tambos se convierte en denso, ardiente e irrespirable, los dos trillizos que fundaron El Infierno y que están cada día más viejos se cubren el rostro con las manos y, bajo sus palmas aconchadas, ponen otra vez a hablar sus lenguas.

— Ojalá que no nos falles — advierte Encanecido y volviendo la cabeza a Merolico indica—: que el olor no te preocupe.

— Sé yo bien que tú no vas aquí a fallarnos — asevera Teñido y también él voltea el rostro hacia el más viejo de entre todos los migrantes que cruzaron las fronteras para encontrarse con las balas en la sierra—: ya verás que te acostumbras a esta peste.

— Yo no sé si me acostumbre — exclama Merolico deteniéndose de golpe y escupiendo, sobre el suelo, el jugo amargo que revuelve sus entrañas y que sube por su esófago hasta dar con la minúscula iglesia que es su boca de adivino.

— Todo el mundo se acostumbra — asegura Encanecido arrastrando a Merolico nuevamente por un brazo y riendo al ver cómo arquea éste su cuerpo.

— Un día cualquiera ni los hueles — abunda Teñido también él jalando el cuerpo del más viejo de entre todos esos seres que vinieron de otras patrias y acusando las llamas que en un tambo se levantan como enormes girasoles asevera—: empezará con ese fuego.

— Ya verás que igual empieza hasta a gustarte — insiste Encanecido riéndose de golpe y deteniéndose ante el tambo que su hermano ha aludido vuelve el cuerpo hacia los trozos desmembrados por las ráfagas y el plomo—: la primera vez también nosotros vomitamos.

— Tampoco habíamos olido cómo huelen los humanos al quemarse — agrega Teñido riéndose ahora él dándose la vuelta hacia los cuerpos destrozados le mete prisa a sus pasos.

— Nos trajeron un coche baleado y venía adentro una mujer hecha pedazos — explica Encanecido siguiendo a su gemelo y arrastrando a Merolico—: querían el coche de regreso y les cobramos por limpiarlo y deshacernos de ese cuerpo.

— Luego volvieron a traernos otra vez otro baleado y esa vez venían allí ya varios cuerpos — complementa Teñido deteniéndose al fin ante la pila de cadáveres—: ese día le dimos vuelta aquí al negocio... se volvió ahora sí deshuesadero.

— Diversificamos pues el giro... además de desmontar hoy desmembramos — explica riéndose aún más fuerte Encanecido—: o te adaptas o alguien más lo hace y te chinga.

— Eso sí... no renunciamos al pasado — advierte Teñido dejando de repente de reírse—: no dejamos por completo pues el negocio que aquí abrieron nuestros padres... tan importante es hoy la carne como el fierro.

— Si nos dejan los vehículos les sale gratis la quemada — declara Encanecido inclinando el cuerpo hacia la pila de carne ensangrentada y macilenta, alzando luego un brazo y blandiéndolo después en el espacio—: si se llevan la hojalata les cobramos cada cuerpo... pero e...

— Pero eso ya te lo explicamos — indica Teñido y al hacerlo finge que ensarta, con el brazo y con la mano que por su parte él también ha levantado, el cuerpo de este viejo que inventó al resto de migrantes, tras ser todos estos capturados, un futuro promisorio.

— Yo les mentí a todos est... — balbucea Merolico pero antes de que pueda poner fin a su enunciado los trillizos que aquí quedan ríen de nuevo y lo interrumpen.

— ¡Ah, ah, ah, ah! Mucho hablar y nada estar haciendo — asevera Encanecido entre sonoras carcajadas.

— Mejor ponte a trabajar ya de una vez y no pierdas el tiempo —manda Teñido lanzando el brazo que alzara nuevamente hacia la pila—: hace rato que acabaste de partírtelos y aún no echas ni uno al fuego.

— Apúrate que son muchos pedazos y te vamos a estar viendo... nada de pa...

— Nada de parar si otra vez vienen aquí otros.

— Si otra vez viene alguien más vamos nosotros a la puerta —explica Encanecido—: tú de aquí no te despegas hasta que hayas terminado.

— Cuando acabes vienes sí entonces a vernos —abunda Teñido dándose la vuelta y señalando con la mano esa casa en la que vive con su hermano advierte—: no cuando acabes solamente de quemarlos... cuando acabes también ya de haber limpiado esas estacas.

— Vamos a estarte allí esperando —suma Encanecido apuntando él también hacia la casa y echando luego a andar rumbo de ésta.

— Y ya lo sabes... desde allí podemos verte —remata Teñido echando a andar sus pasos tras los pasos de su hermano.

2

El eco de la puerta que azota Encanecido tras de sí atraviesa el gran deshuesadero pero no ingresa en los oídos del más viejo de entre todos esos seres que dejaron hace días sus tierras, quien alzando el machete que dejará Teñido sobre el suelo también alza el recuerdo de las voces de esos hombres y mujeres que con él atravesaron las fronteras: ¿cómo pude hacerles eso?

Alrededor de Merolico se pasean, gruñendo, varios perros y murmura el crepitar de algunos tambos: estos sonidos, sin embargo, tampoco hacen eco en sus oídos. ¿Por qué mierdas les mentí a todos ellos?, se interroga el más viejo y al hacerlo también alza,

hasta la altura de sus ojos, el machete que sostiene entre las manos. ¿Qué ganaba haciendo eso?, se machaca Merolico mientras corta su mirada con el filo de la hoja y lanza luego esta arma hacia la pila de cadáveres y restos encimados.

El sonido que el machete hace al golpear un trozo de hueso descarnado que emerge entre los cuerpos como emerge el mástil de un naufragio acelera los gruñidos de los perros pero no alcanza tampoco los oídos ni la mente del más viejo de entre todos los migrantes, que está escrutando ahora las palmas de sus manos, alumbradas por la luz nerviosa y viva de las llamas. No ganarás al final nada... lo dicen claro aquí estas líneas, piensa Merolico y al hacerlo empieza a reírse sin saber por qué se ríe.

¿De qué mierda me estoy rien?, se interpela Merolico entre sonoras carcajadas pero su hablar es segado ahora por el decir de Encanecido, que como un látigo atraviesa El Infierno y que además de castigar al más viejo de todos los migrantes castiga a la jauría que ahora ladra sorprendida: ¡ándale cabrón... te estamos viendo! Sacudiendo la cabeza, Merolico echa de sí los pensamientos y las risas que lo estaban acechando como echa un perro de su cuerpo el agua que lo empapa: a éstos no puedo fallarles.

No les puedo quedar mal a estos cabrones, repite Merolico en su silencio y al hacerlo por fin echa a andar sus piernas nuevamente rumbo a la pila de cadáveres y restos. Justo antes de que alce el machete, sin embargo, estalla la voz de Teñido en la distancia y lo que logran sus palabras, más que acicatearlo, es entumir de nueva cuenta al viejo de todos los migrantes: ¡apúrate con eso que queremos ver que acabes! El grito de Teñido ha hecho, además, que los perros transmuten sus ladridos en aullidos y éstos, sus aullidos, han devuelto a Merolico a aquellos años en que fuera él un soldado.

No te vamos a esperar toda la noche... no te vamos a aguantar si no haces bien lo que te toca, refrendan los hermanos pero no está Merolico ya escuchando: más que aquellos años en que fuera él un

soldado está ahora mismo reviviendo aquellos otros en que hubo que sumarse él a los paras, esos años que pasó pues destrozando poblaciones, desmembrando embarazadas, destazando niños y mayores: ya sabía que volverían la luz y el fuego.

Me lo dijeron claro a mí mis manos... el pasado está siempre esperando allí adelante, declara Merolico y al hacerlo vuelve a reírse a carcajadas: es el sonido de sus propias carcajadas, entonces, el que destierra al más viejo de entre todos los que vinieron de otras patrias de su ensueño y lo trae de nuevo hasta El Infierno, donde lo espían, a través de su ventana, los dos hermanos que de pronto se reconocen extrañados: algo acaba de cambiar en ese hombre que ahora alza su machete de la tierra y que así ahuyenta: utilizando su machete y gritando, a los perros que asediaban ya la pila.

El gritar de Merolico pone a los perros todavía más ansiosos y sus aullidos se convierten en chillidos: escuchando este concierto, el hombre que intentó pagarle al mundo los pedazos que arrancara del destino imaginándose futuros, vuelve a detenerse y también vuelve a hundirse en la selva de las tierras arrasadas. Antes, sin embargo, de que vuelvan esos años consumidos a atraparlo lo espabila el eco de una risa atronadora que no sabe aún que es suya.

Cuando entiende Merolico, finalmente, que han sido sus propias carcajadas las que acaban de sacarlo de la selva también oye que de nuevo vociferan los hermanos y que cada vez más agitados vuelven a acercársele los perros. Avanzando un nuevo paso, el más viejo de entre todos los hombres y mujeres que abandonaron las tierras arrasadas hunde sus pies entre los cuerpos apilados, levanta su machete por encima de sí mismo y lo deja caer con rabia.

Uno tras otro, Merolico secciona, con tajos rápidos y expertos, los brazos, las piernas y los cráneos de los cuerpos apilados, mientras los perros ya no saben cómo contenerse y en la distancia los hermanos se sorprenden de lo bien que lo está haciendo este hom-

bre al que no parecen ya importarle ni la peste ni el humo ni las llamas que emergen de los tambos, estos tambos que salpican El Infierno aquí y allá como salpican los tatuajes la epidermis del que acaba de quitarse la camisa y así sigue destazando a los caídos.

Cuando por fin ha terminado de partir todos los cuerpos, Merolico lanza a un lado su machete y renunciando al diablito que trajeron los hermanos hasta el sitio en que él se encuentra empieza a echarse sobre un hombro cada uno de los brazos que sus dos manos levantan. Con los ojos entornados y la boca bien abierta, los dos viejos que fundaron El Infierno observan al más viejo de entre todos los que habían atravesado ya varias fronteras: no comprenden lo que pasa ahora en su reino ni comprenden cómo puede actuar así este hombre que hace apenas unas horas se compraron.

Este hombre que ahora avanza rumbo al tambo que hace rato le dijeron que él usara y que al hacerlo va pensando en el racimo de las manos que le escurren por el hombro y en los dueños de estas manos: ¿cómo pude yo mentirles?, se implora entonces Merolico nuevamente y un calambre baja por su vientre: cuando menos volverán la luz y el fuego, se enterca en su mutismo y otra vez se ve quemando, allá en la selva de las tierras arrasadas, una aldea con sus gentes encerradas en las casas.

Cada vez más extrañados y asustados, Encanecido y Teñido aprecian el avanzar decidido de Merolico rumbo al tambo y también presencian cómo le habla este hombre a los racimos que ahora carga encima suyo: no saben, no imaginan estos dos hermanos que además de hablarle él a los trozos de cadáver que hace nada tasajera, el más viejo de entre todos los migrantes le habla a su destino: el pasado está siempre esperando allí adelante.

Deteniendo su avanzar ante el gran tambo, Merolico toma de su hombro un primer brazo, escudriña la mano que corona a esta extremidad y abriéndole los dedos, que se habían cerrado en puño, ve su palma un breve instante. Luego ríe sin saber que se está riendo y

tras darle un largo lengüetazo a la palma echa al fuego el brazo que al caer sobre las llamas lanza al mundo un eco mudo y apagado. ¿Qué chingados está haciendo?, indagan los dos viejos y apurándose uno al otro echan a andar hacia la puerta de su casa: ¡está perdiendo la cabeza!

Cuando ha lanzado al fuego ya todos los brazos que cargaba sobre el hombro, Merolico alza del suelo el bidón de gasolina que dejaron los hermanos junto al tambo y rociando las llamas atestigua cómo su violencia nerviosa y poderosa se levanta enfurecida: así se levantaban, en la selva de las tierras arrasadas, las violencias que acabaron con aldeas, pueblos y villas.

Está todo aquí conmigo... mi pasado, mi presente y mi futuro, razona riéndose el más viejo de entre todos los que vienen de las tierras arrasadas y alzando encima suyo el bidón de gasolina hace de su risa nuevamente carcajadas y vislumbra luego en la distancia a los dos viejos que fundaron El Infierno, que apresurando sus carreras hacia el sitio en que él se encuentra braman: ¡puto loco desquiciado!

¿Qué chingado estás haciendo?, clama Encanecido al mismo tiempo que Teñido clama: ¿puta mierda... qué te pasa? El hombre al que los dos viejos exhortan, sin embargo, no escucha sus palabras: empapándose en el líquido que cae sobre su cuerpo se da vuelta y se acerca hacia las llamas, donde mete luego las dos manos. ¡Puto loco... pinche viejo desquiciado... para ya y en este instante!, claman los hermanos cuando pasan justo al lado de los cuerpos con los que están también y al fin saciando su hambre ahora los perros.

Sin dejar de carcajearse, Merolico se acerca más al tambo y utilizando sus dos manos como antorchas se enciende todo entero: apretando la quijada y ardiendo como tea, el más viejo de entre todos los migrantes salta finalmente de cabeza hacia las llamas y no escucha ya a los viejos que fundaron El Infierno cuando llegan éstos hasta el tambo: ¿qué chingado estás haciendo?